mos la indulgencia de todos: nos anima ya el deseo de nuestro perfeccionamiento, como la idea de estimular á toda la clase obrera y agrícola.

El espíritu de empresa tan decaido y la fuerte crísis porque atravesamos (aparte de otras causas) son dos grandes males que tienen á Costa-Rica postrada, desfalleciendo, como sinó tuviera hijos y ¡cuantos recursos! con que levantarse del lecho del dolor y seguir su marcha á paso firme á la par de las demás naciones que nacieron con ella; pero nosotros sus hijos, si queremos merecer el nombre de tales, unámonos, trabajemos y ayudémosla á levantarse, ella nos brinda libertad vastos campos, protección y honor.

El 15 de Setiembre.

En 1789, un pueblo gigante, raza privilegiada de héroes, á quién se deben sin duda las páginas mas brillantes de la historia, se agitaba con espantoso rumor, con el formidable estruendo de un mar tempestuoso que azota las vacilantes rocas; era que el aura de la libertad convertida en torbellino, habia desencadenado la tempestad en aquel océano de hombres, á cuyo poderoso embate cayeron para siempre los tronos.

Nada hay más terrible é imponente que las grandes manifestaciones populares; ninguna lucha puede compararse á la de un pueblo que combate por el triunfo de una idea; y cuando esa idea es grande la victoria es siempre segura.

La poderosa voz de la Francia llenó el mundo, y las naciones asombradas sufrieron esa maravillosa trasformación que hace del esclavo un hombre, que convierte al hombre en soldado del deber, que unifica á las pueblos en un solo ideal: *progreso.*

La América que llevaba aún las cadenas del esclavo, escuchó tambien esa voz: aprendió que una nación no tiene derecho para imponer su voluntad á otra, que ningún hombre puede pisotear las sagradas libertades é inviolables leyes de un pueblo, convirtiendole en vil objeto de su ambición; y levantándose omnipotente, magnífica, rompió las cadenas, y la madre España miró sus ejércitos derrotados, vió aparecer sus naves en aquel océano que ya nunca tornarian á cruzar como conquistadoras.

Dos génios, Washington y Bolívar, el uno en el Norte, el otro en el Sur, llevaron á cabo la grande obra: la trasformación de una tierra de esclavos en un continente cubierto de naciones que pronto rivalizarian con las del Viejo Mundo ¡Gloria á nuestros libertadores!

Hoy celebramos el LXII aniversario de la Independencia en circunstancias bién tristes. En esos sesenta y dos años de vida libre, no han tenido lugar entre nosotros grandes acontecimientos: nuestros pacíficos antepasados nacidos en el trabajo y para el trabajo, lograron hacer de Costa-Rica un pueblo enérgico y laborioso: pero en breve las disensiones políticas introdujeron en él el gérmen de un mal que hoy agobia á toda la AméricaLatina. Sinembargo, el 15 de Setiembre encontraba siempre un pueblo feliz que celebraba con verdadero entusiasmo la memorable fecha y cuyo brillante porvenir se adivinaba ya. Tan solo una sombra se destaca en el luminoso cuadro que presenta en esa larga serie de años nuestra querida República.

Era el 15 de Setiembre de 1842. En la capital reinaba un silencio profundo interrumpido tan solo por ese bisbiseo de la muchedumbre que contempla un expectáculo; en efecto, en la esquina de la Plaza Principal tenia lugar una imponente escena. Un hombre sereno, con esa serenidad modesta del verdadero valor, se aprestaba á morir, á recibir la muerte de manos de aquel pueblo querido que no comprendia la grandeza de la misión que aquel hombre estaba llamado á desempeñar. Aquel mártir de una idea grande era el general Morazan.

Costa-Rica nunca podrá lavar el afrentoso borrón que este asesinato hizo caer sobre su frente, el estigma con que las demás naciones vengan la muerte de ese grande hombre.

La prosperidad y el bienestar son una desgracia para los pueblos jovenes: el nues-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.